

TEOLOGÍA DE LA CIENCIA: UN CONCEPTO EMERGENTE

*Leandro Sequeiros**

Introducción

Los medios de comunicación se han hecho eco en estos meses del avance, sobre todo en países anglosajones, de teologías cristianas conservadoras que se acercan a posturas calificadas por algunos como “fundamentalistas”. Según éstas, los contenidos de la Biblia, tal como son formulados, deben ser entendidos literalmente, y deben ser considerados como ciencia que debe anteponerse a las propuestas de los científicos. Con ello niegan la posibilidad, no solo de un diálogo sino también de un encuentro entre el pensamiento científico (tanto de las ciencias de la naturaleza como de las ciencias sociales y humanas) y la construcción racionalizada de la experiencia religiosa como es la Teología.

Frente a estas teologías de corte “fundamentalista” aparecen esfuerzos personales y colectivos que buscan un diálogo y un encuentro que superen los aparentes conflictos entre las ciencias profanas y la religión. Estas teologías pretenden una reflexión constructiva encaminada a “tender puentes” entre las culturas científicas emergentes y las formulaciones de las convicciones de la fe. Estos intentos de diálogo y encuentro interdisciplinar pueden dar lugar a reformulaciones de algunas tesis teológicas en función de los avances del conocimiento científico. A este conjunto de tareas se denomina con la expresión “Teología de la Ciencia”.

Este concepto no es un simple ejercicio de agudeza intelectual. Mantenemos aquí que en la cultura que domina en nuestra sociedad existen unos elementos de cientificismo borroso que para muchas personas supone una traba importante para sus creencias tradicionales. Y por otra parte, muchos perciben que algunos planteamientos de la Teología aparecen desfasados respecto a los avances de las ciencias, lo que da lugar al desprestigio de la Teología y por ello, de su expresión social como son las religiones. Todo esfuerzo por educar en la fe a la comunidad cristiana teniendo en cuenta los avances de las ciencias modernas, supone hoy un reto para las Facultades de Teología y los centros que pretenden un diálogo entre la fe y la cultura, entre la fe y la justicia. De aquí los aspectos pastorales de la “Teología de la Ciencia”.

* Profesor de Filosofía de la Facultad de Teología. Director del grupo local de Granada del Instituto METANEXUS para el encuentro entre la Ciencia y la Religión.

Consciente de ello, la Facultad de Teología de Granada reformuló en 2005 su misión, insistiendo en buscar “respuestas a los grandes retos de nuestro mundo”¹. Para llevar a cabo esta misión se ha creado, entre otras cosas, el grupo local del Instituto METANEXUS para la Ciencia y la religión (www.metanexus.net) cuyo cometido es hacer presente en la sociedad granadina y andaluza la posibilidad y la necesidad del encuentro entre el pensamiento científico y la Teología.

1. Antecedentes: el conflicto entre ciencia y religión en el siglo XIX

A lo largo de la historia del pensamiento científico siempre han aparecido momentos y problemas conflictivos entre los avances del conocimiento racional y las religiones que en muchos casos no se han resuelto satisfactoriamente y cuyas heridas han estado abiertas muchos años. Ya desde la misma época griega se dieron conflictos entre filosofías naturales y las antiguas visiones religiosas. Mas tarde, en los siglos XVI-XVII, los casos de Giordano Bruno, Copérnico y Galileo fueron causa de conflictos y condenas ante la imposibilidad aparente de acuerdos. A mediados del siglo XIX en Europa y en América (y también en España), el debate sobre las obras de Charles Darwin y sus propuestas sobre el evolucionismo y el origen humano dieron lugar a nuevos conflictos entre la ciencia y la religión, entre la fe y la razón. Pero si hasta entonces los conflictos se resolvían a escala privada o local, con Darwin y el darwinismo ese conflicto cobró un carácter más universal y persistente. Se puede afirmar que siempre existieron conflictos. Pero nunca, como entonces, alcanzaron tal amplitud social. Esta situación es la que se continúa en la actualidad, de modo que la prensa y los demás medios de comunicación se convierten en foros de debate sobre los conflictos entre ciencia y religión.

1.1 El largo camino de un conflicto que parecía no tener solución

La convicción de que entre la fe y la ciencia, de que entre el pensamiento moderno y la teología, no puede haber componendas se va extendiendo cada vez más en el siglo XIX. Una brecha, que deviene en abismo que parece insalvable, separa más y más el pensamiento racional y científico del pensamiento elaborado por las religiones, las iglesias cristianas y los teólogos. Y van a ser muy pocos los que en el siglo XIX intenten “tender puentes” de diálogo.

¹ Misión de la Facultad de Teología de Granada (texto aprobado en el Encuentro de Profesores de 26-27 de enero de 2005): “La Facultad de Teología es una Institución Universitaria de la Iglesia encomendada a la Compañía de Jesús e integrada por miembros de diferentes congregaciones, diócesis y también laicos que en comunión con toda la Iglesia y en diálogo con la sociedad, especialmente la andaluza, tiene como tarea central la reflexión sobre la fe iluminado desde el Evangelio la búsqueda de respuestas a los grandes retos de nuestro mundo, marcado por la injusticia y la increencia, pero también por anhelos de paz y esperanza. Esta tarea se realiza en tres ámbitos: la investigación (en el terreno de las ciencias teológicas y en diálogo con otros saberes científicos), la docencia (para los que se preparan para el sacerdocio, los religiosos y religiosas. Los laicos en general), y las actividades de extensión (mediante las que se hace presente en los diferentes ambientes de la sociedad y de la cultura)”.

Se considera que es a partir de 1859, el año de la publicación por parte del naturalista Charles Robert Darwin (1809-1882)² de *El Origen de las Especies por la Selección Natural*, cuando se enconan aún más las heridas abiertas desde la época de la Ilustración. El libro venía precedido por el escándalo provocado por la publicación en 1898 de la breve nota *Extracto de una obra inédita sobre el concepto de especie* firmada por Darwin y el entonces joven naturalista Alfred Russell Wallace (1823-1914)³. En ella, la Selección Natural parecía suplantar al Creador y a la Providencia divina.

De hecho, los 1250 ejemplares de la primera edición de *El Origen de las Especies por la Selección Natural*⁴ se agotaron el primer día de venta, el 24 de noviembre de 1859, provocando escándalo e ira entre clérigos y conservadores⁵. Pero tras unos años de mayor silencio sobre el problema de la evolución, Darwin volvió a escandalizar a los creyentes y a los “bien pensantes” al sacar a la luz en 1871 su obra *La Descendencia del Hombre y la Selección Sexual*, a la que siguió en 1872 *La Expresión de las emociones en el Hombre y en los animales*⁶.

La polémica pasó a la calle, a los ciudadanos y sobre todo a las clases obreras, cuando en 1874 se publicó en Inglaterra un libro no exento de exceso de apasionamiento en el que se resaltaban de forma exaltada y sin horizontes de solución los conflictos entre el conocimiento que da la ciencia y las doctrinas de las religiones. Se trataba del libro de John William Draper (1811-1882) titulado *Historia de los conflictos entre la Religión y la Ciencia*⁷.

La publicación en Inglaterra del libro de J. W. Draper venía, pues, precedido por una estruendosa polémica en la que, más allá de la argumentación científica, se enfrentaban dos concepciones del mundo, dos modos de entender la realidad. En el fondo, entraban en conflicto dos posturas religiosas, ideológicas y políticas que se antojaban irreconciliables: la postura científica, progresista, materialista, darwinista y atea, y la postura religiosa, conservadora, espiritualista, antidarwinista y creyente.

² HEMLEBEN, J., *Darwin*, Alianza Editorial, Madrid, 1971. Más datos y bibliografía pueden encontrarse en: SEQUEIROS, L. «La pasión por la verdad: Charles Darwin, un siglo después de su muerte»: *Vida Nueva* 1316 (1982) 335-341; SEQUEIROS, L., «Ideas de modernidad en Geología y Biología y su influencia cultural: el caso de Charles Darwin y Charles Lyell», en: DOU, A. (edit.), *Evolución y Cultura*, IX Reunión Interdisciplinar, ASINJA, Mensajero, Bilbao 1983, 109-114; SEQUEIROS, L., «Darwin como geólogo: sugerencias para la enseñanza de las Ciencias de la Tierra»: *Enseñanza de las Ciencias de la Tierra*, AEPECT, 4,1, (1996) 21-29

³ La figura de Wallace es muy interesante y digna de estudio por parte de los teólogos, dado el giro religioso que fue dando a su vida. Cfr.: FONFRÍA, J., *Wallace. El explorador de la evolución*. Nivola Ediciones, Madrid 2003; DELIBES DE CASTRO, M., «Wallace desde Sarawak»: *El País*, 14 diciembre 2005, 46.

⁴ DARWIN, C.R., *On the Origin of the Species by means of Natural Selection, or the Preservation of Favoured Races in the Struggle for Life*, Londres 1859 (hubo ediciones corregidas en 1960, 1861, 1866, 1869, 1872, 1882).

⁵ DUPRÉ, J., *El legado de Darwin. Qué significa hoy la evolución*, Katz Ediciones, Buenos Aires 2006.

⁶ DARWIN, C.R., *The Descent of Man and selection in Relation to Sex*. 2 vol., Londres 1871 (1872³); Darwin, C.R., *The expression of the Emotions in Man and Animals*. Londres 1872.

⁷ NÚÑEZ, D., «Introducción», en DRAPER, J. W., *Historia de los conflictos entre la religión y la ciencia*, Alta Fulla-Mundo Científico, Barcelona 1987, [7]-[39].

1.2 El conflicto entre ciencia y religión se extiende por España en el siglo XIX

En España, las cosas suelen llegar con retraso pero no por ello enfriadas de polémica y de confrontación. A pesar de que ya a finales del período isabelino se había comentado en España la teoría de Darwin, la difusión y debate sobre el evolucionismo en la comunidad científica española no se inició hasta el llamado Sexenio Revolucionario (1868-1874)⁸.

Sin embargo, a pesar de los debates que surgieron sobre los contenidos de *El Origen de las Especies*, la primera traducción al castellano de obras de Darwin fue la de *El Origen del Hombre; la selección natural y la sexual*, que apareció en Barcelona en 1876 en versión recortada. Pero su recepción no estuvo exenta de polémicas.

Un suceso acontecido en Granada en el otoño de 1872 va más allá de la anécdota y puede ser significativo para entender el ambiente tenso de aquellos años. En el discurso inaugural del año académico 1872-1873, el Catedrático de Historia Natural del entonces Instituto de Segunda Enseñanza de Granada (ahora IES Padre Suárez), D. Rafael García Álvarez⁹ se exaltaba la figura de Darwin. El catedrático defendió una concepción evolutiva del ser humano, situándolo en el grupo de los primates: “El hombre es para nosotros la naturaleza con conciencia de sí misma. Resultado de millares y millares de siglos de una paciente elaboración de las fuerzas creadoras de la vida, es su más grande y gloriosa manifestación”¹⁰.

⁸ Hay una bibliografía abundante: PELAYO, F., *Ciencia y creencia en España durante el siglo XIX*, CSIC, Cuadernos Galileo de Historia de la Ciencia, núm. 20, Madrid 1999; NÚÑEZ, D., *El Darwinismo en España*, Editorial Castalia, Madrid 1977, 7-58; GARCÍA SARRIÁ, F., *El Darwinismo. Conferencias pronunciadas en el Casino de Oviedo en los días 25 de febrero, 4 y 11 de marzo de 1887 por Genaro Alas*, University of Exeter 1978, Introducción, páginas V-LIII; GLICK, T., *Darwin en España*, Ediciones Península, Barcelona 1982; GRANADOS CASCOS, J. C., «Los orígenes de la polémica darwinista en España»: *Arbor*, CXIII, 441-442 (1982) 151-173; JOSA, J., «Introducción», en DARWIN C.R., *El Origen de las Especies*, Espasa Calpe, Madrid 1988, 13-34; SEQUEIROS, L., «Producción científica paleontológica española en el siglo XIX. impacto de la modernidad» en *Actas II Congreso de la Sociedad Española de Historia de la Ciencia* (Jaca, Huesca, sept.1982), tomo II, Zaragoza 1984, 453-468.

⁹ Editado en la Imprenta de Indalecio Ventura, 1872. Una selección de textos pueden encontrarse en NÚÑEZ, D., o. c., 193-196. Desgraciadamente, el texto completo no ha podido ser consultado aún. Sobre Rafael García Álvarez hay bastantes cosas publicadas últimamente: www.encuentros.uma.es/encuentros64/darwinismo.html, www.ucm.es/info/antilia/revista/vol5-sp/ant5-1sp.htm y www.filosofia.org/anf/mmb/hfe1711.htm. Sobre el Museo de Ciencias Naturales del IES Padre Suárez de Granada, ver <http://www.museocienciaspadresuarez.com/>.

¹⁰ Sobre Rafael García Álvarez tuvo mucha influencia el “abuelo de los Machado”, Antonio Machado y Núñez (1812-1896) que ya enseñaba el darwinismo en sus clases de la Universidad de Sevilla hacia 1870 [SEQUEIROS, L. y MAYORAL, E., «Antonio Machado y Núñez (1812-1896)», *Boletín de la Comisión de Historia de la Geología de España*, SGE, 5 (1996), 3-5. Un amplio resumen de la labor de Machado se puede consultar también en: MESA COLMENAR, J. M., «Las Ciencias Geológicas y la Universidad de Sevilla», en VVAA, *Historia de los Estudios e Investigación en Ciencias en la Universidad de Sevilla*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, Sevilla 2005, 341-388, y sobre todo, 360-364. Los primeros escritos a favor de las ideas de Darwin son de 1871. Y en el discurso de apertura del curso académico 1873-1874 hizo una encendida defensa del darwinismo].

Las ideas manifestadas en este discurso fueron muy mal acogidas por los estamentos religiosos de la ciudad de Granada, resultando escandalosas. Por ello, el entonces Arzobispo de Granada, D. Bienvenido Monzón Martín y Puente¹¹, reaccionó con presura e hizo pública el 23 de octubre de 1872 (muy pocos días más tarde) una censura sinodal y condenación del “discurso herético leído en el Instituto de Granada” (sic)¹². El texto de condena finaliza de este modo: “En vista de todas estas definiciones, el Sínodo juzga el mencionado escrito como ‘herético, injurioso a Dios y a su providencia y sabiduría infinitas, depresivo para la dignidad humana y escandaloso para las conciencias’(sic)”.

A principios del siglo XX, diversas editoriales como *Sempere* en Valencia o *Atlante*, *Maucci* y *La Revista Blanca* en Barcelona, lanzaron grandes tiradas a precios populares de las principales obras de Darwin. De *El Origen del Hombre* se editaron 6.000 ejemplares en 1902, a la que siguieron otras seis con un total de 56.000 ejemplares. De *El Origen de las Especies* se editaron 6.000 ejemplares en 1903, seguida de seis más con un total de 34.000 copias¹³.

El sector más conservador de la Iglesia española unió sus fuerzas contra esta teoría. Incluso, los argumentos esgrimidos procedían de fuentes científicas antidarwinistas (que sí las hubo, y fuertes), como D. Juan Vilanova y Piera (catedrático de Paleontología en Madrid¹⁴), Louis Agassiz, Adolphe Brongniart, el suizo Ch. T. Aebly, y otros. Entre las críticas más “ilustradas” al evolucionismo darwinista citemos la figura de fray Zeferino González (1831-1894), cardenal-arzobispo de Sevilla. En sus *Estudios religiosos, filosóficos, científicos y sociales* (1873) describe el darwinismo como materialismo disfrazado¹⁵. Zeferino González fue uno de los participantes en el Primer Congreso Católico Nacional Español, celebrado en Madrid en 1889. Allí atacó a los prehistoriadores y sus métodos lo que provocó una ruda polémica con José Rodríguez Carracido (1856-1928) catedrático de Farmacia de la Universidad Central. Para más datos, nos referimos al ya citado libro de Diego Núñez sobre *El Darwinismo en España*.

En esos años, los textos a favor y en contra del darwinismo estaban atravesados de apasionamiento, primando las posturas previas y la agresión por encima del

¹¹ Sobre el polémico y beligerante arzobispo de Granada, D. Bienvenido Monzón y Martín (1820-1885) ver: SÁNCHEZ ARCE PEÑUELA, A., *Biografía del Exmo. E Ilmo. Sr. D. Bienvenido Monzón y Martín...*, Imprenta Indalecio Ventura, Granada 1889.

¹² El texto completo es terrible y ha podido ser consultado en la biblioteca de la Facultad de Teología en la revista derechista *La Cruz*, I (1873), 296 ss. En parte reproducido en NÚÑEZ, D., o. c., 197-202.

¹³ NÚÑEZ, D., o. c., 26-27.

¹⁴ He tratado a este autor en SEQUEIROS, L., «Impacto del darwinismo en la paleontología española: Juan Vilanova y Piera (1821-1893)»: *Actas II Congreso Sociedad Española de Historia de la Ciencia*, tomo I, Jaca 1984, 523-538.

¹⁵ GONZÁLEZ, Z., *Estudios religiosos, filosóficos, científicos y sociales*, Policarpo López, Madrid 1873, I, 302-320; también en «El darwinismo» en *Historia de la Filosofía*. Madrid 1886 (2ª edic.), 274-285; *La Biblia y la Ciencia*, Sevilla 1891, 180 ss. NÚÑEZ, D., o. c., 97ss, 99ss, 179ss, 223ss, reproduce algunos textos antológicos.

deseo de diálogo y comprensión de las posturas de los demás. Toda una lección de lo que hoy no debería repetirse en el diálogo entre la ciencia y la fe.

1.3 La traducción española de la obra de Draper y su difusión

En este clima tenso se publicaba en España en 1876 la traducción del libro de Draper¹⁶ en el que se reafirma, a partir de la descripción (tal vez sesgada) de muchos casos concretos, la imposibilidad de conciliar la ciencia moderna con las creencias religiosas. La primera edición castellana fue traducida directamente del inglés por Augusto T. Arcimis y se agotó rápidamente. Esta traducción incluyó un prólogo del almeriense de Alhama, Nicolás Salmerón, filósofo y político considerado entonces “revolucionario”. La traducción se volvió a editar en 1885, 1886 y 1888. Más tarde, a principio del siglo XX, editoriales citadas (*Sempere* y *Maucci*), vinculadas a los medios republicanos y anarquistas, hicieron amplias tiradas de la misma a precios populares (una peseta de entonces). La primera edición que hizo *Sempere* apareció en 1903, con traducción de A. Gómez Pinilla.

En esos años tuvo una amplia difusión como una herramienta de transmisión de las ideas materialistas, ateas y progresistas que se pensaban incompatibles con cualquier concepción religiosa del mundo. Eran tiempos en los que la ciencia y la religión transitaban por caminos no solo divergentes sino también incompatibles.

La obra de Draper no solo se refiere a los casos de la Iglesia católica sino también a casos del Islam e incluso del antiguo Egipto para demostrar esta tesis: que las ideas religiosas han estado siempre en contra del progreso y del bienestar de la humanidad y han sido usadas para el control ideológico y político del pueblo. Por tanto, entre el conocimiento científico y la fe religiosa no puede haber componenda alguna. Se excluyen como el agua y el aceite. Un científico tiene que ser necesariamente ateo.

Draper profundiza en los conflictos de Galileo y Darwin en los campos de la física y de la biología y describe cómo el 22 de junio de 1633, Galileo Galilei, es sometido por la Inquisición al segundo proceso por el que es obligado a abjurar de sus ideas sobre el Universo por ser contrarias a las de la Sagrada Escritura. Siempre se ha esgrimido como uno de los casos de enfrentamiento y de incompreensión entre la Ciencia y la Religión. Pero no es el único caso. Draper estudia el caso de Charles Darwin en la segunda mitad del siglo XIX y los enfrentamientos de las ideas darwinistas con la Iglesia.

¹⁶ DRAPER, J. W., *Historia de los conflictos entre la religión y la ciencia*. Madrid 1876; La segunda edición está fechada en el Establecimiento tipográfico de Ricardo Fe, 1885. La traducción es de Augusto T. Arcimis y tiene un extenso prólogo de Nicolás Salmerón. De esta edición se ha publicado el facsímil consultado: Editorial Alta Fulla / Mundo Científico, Barcelona 1987, con un prólogo de Diego Núñez.

La publicación del libro de Draper venía, pues, precedido por una estruendosa polémica en la que, más allá de la argumentación científica, se enfrentaban dos modos de entender el ser humano, dos concepciones del mundo, dos modos de interpretar la realidad. En el fondo, entraban en conflicto dos posturas religiosas, ideológicas y políticas que se antojaban irreconciliables: por un lado, la postura científica y progresista, tachada de materialista, darwinista y atea, y que relegaba al ser humano a un simple animal; y por otro lado, la postura religiosa, conservadora, espiritualista, antidarwinista y creyente, que consideraba la dimensión espiritual del ser humano.

La respuesta apologética de la Iglesia española del siglo XIX y parte del XX a las ideas darwinistas y evolucionistas ha sido estudiada por el profesor Francisco Pelayo¹⁷. Esto explica (aunque no justifica) la actitud antidarwinista que mostró la revista jesuítica *Razón y Fe* desde su fundación en 1901¹⁸. Varios son los puntos en los que obispos y teólogos se oponen a las ideas evolucionistas sobre la condición humana: se opone a la doctrina de la Biblia, promoviendo una visión materialista del hombre; se opone a la idea creacionista y niega al Dios creador, por lo que es una visión atea; se opone a la existencia de la Providencia de Dios que tiene un designio (diseño) divino que es negado y sustituida por la selección natural; se opone a una visión teológica del ser humano rebajándolo a la condición de animal; y se opone a la existencia del pecado original. Estos son los argumentos que se esgrimen por los estamentos eclesiásticos de la época.

En la mayor parte de las intervenciones eclesiásticas de la época se parte del hecho de que la Iglesia es la depositaria de toda la verdad, y desde esta postura tiene capacidad para poder enjuiciar, orientar, iluminar y definir no solo lo que es verdad para los creyentes sino lo que debe ser verdad para todo ser humano. Esta postura hegemónica, basada en la pretensión de verdades universales y eternas de obligado cumplimiento para todos y cuya depositaria es la Iglesia, retardó durante muchos años la posibilidad de una Teología sensible a las nuevas innovaciones de la cultura, de las ciencias y de las tecnologías.

También es cierto que no siempre las comunidades científicas han sido sensibles a planteamientos que rebasaban los límites de toda ciencia. En España resta aún un “positivismo resistente”, sobre todo en algunos sectores del mundo universitario, con el que es difícil el diálogo. Ya no estamos en la época del cientificismo fundamentalista que defiende que las ciencias (y sobre todo, las ciencias basadas en la experiencia empírica) son el único camino para conocer lo que es el ser humano y el universo que nos rodea. Los científicos (gracias a la moderna filosofía de las Ciencias, gracias a la obra de Karl Popper, Thomas S. Kuhn, Imre Lakatos, Stephen

¹⁷ PELAYO, F., *o. c.*, 307-340.

¹⁸ SEQUEIROS, L., «Las ciencias en España (1901-2001): un siglo en compañía de *Razón y Fe*»: *Razón y Fe* 243 (2001), 477-485.

Toulmin, etc) son hoy más cautos a la hora de afirmar dogmáticamente las teorías científicas. Pero todavía hay resistencias que, siendo optimistas, pueden ser salvasdas con el tiempo. Tenemos varias experiencias que muestran esa posibilidad: la Asociación Interdisciplinar José de Acosta (ASINJA) (www.upcomillas.es/centros/cent_asoc_asinja.aspx), la Cátedra Ciencia Tecnología y Religión (www.upcomillas.es/catedras/ctr) y el Instituto Metanexus para la Ciencia y la Religión (www.metanexus.net), ésta última de carácter interreligioso¹⁹.

En la actualidad, son muchos los campos de debate entre la ciencia y la teología. Como ejemplo citemos éste: el de la fecunda polémica sobre los orígenes del ser humano que parte de la interpretación filosófica y teológica de los últimos descubrimientos de Atapuerca (Burgos)²⁰. Muchos de los componentes del equipo interdisciplinar se han lanzado a publicar ensayos particulares que se adentran en terrenos que van más allá de la pura paleoantropología. De alguna manera, inciden en una visión con pretensiones científicas y filosóficas del ser humano que entra en conflicto con la visión teológica. Los trabajos de Juan Luis Arsuaga, Eudald Carbonell, Ignacio Martínez, José María Bermúdez de Castro y otros²¹, de gran venta popular, han difundido una determinada concepción discutible en algunos aspectos sobre la condición humana. Las propuestas que van más allá de la ciencia que han hecho los científicos de Atapuerca, han provocado muy diversas reacciones dentro del mundo católico. Algunas de ellas han sido ponderadas y no faltan algunas excesivamente defensivas. De todas formas, todas las ideas son respetables siempre que no se presenten como excluyentes²². Pero sí queda claro que algunas de las conclusiones

¹⁹ En castellano se han publicado en estos años una gran cantidad de libros que indican el interés creciente por esta problemática. Para los lectores no muy iniciados recomendamos los siguientes: AAVV. *Fe en Dios y Ciencia Actual*, Actas de las III Jornadas de Teología, Santiago de Compostela 2002; POLKINGHORNE, J., *Ciencia y Teología. Una introducción*, Sal Terrae, Santander 2000; BARBOUR, I. G., *Problemas sobre religión y ciencia*, Sal Terrae, Santander 1971; BARBOUR, I. G., *El encuentro entre ciencia y religión: rivales, desconocidas o compañeras de viaje?*, Sal Terrae, Santander 2004; BARBOUR, I. G., *Religión y Ciencia*. Editorial Trotta, Madrid 2004; GARCÍA DONCEL, M., *El Diálogo Teología-Ciencias Hoy*, Cuadernos del Instituto de Teología Fundamental, San Cugat del Vallés 2003; SCHMITZ-MOORMANN, K., *Teología de la Creación de un mundo en evolución*, Verbo Divino, Estella 2005; MONSERRAT, J., «John Polkinghorne, ciencia y religión desde la física teórica»: *Pensamiento*, 231 (2005) 363-293; MONSERRAT, J., «Ciencia, bioquímica y panenteísmo en Arthur Peacocke»: *Pensamiento*, 229 (2005) 59-76.

²⁰ Ver a este respecto el discurso de ingreso en la Academia del “padre” de Atapuerca y quien recibió el premio Príncipe de Asturias, el profesor EMILIANO AGUIRRE, *Evolución humana. Debates actuales y vías abiertas*. Discurso leído en el acto de recepción por el Exmo Sr. D. Emiliano de Aguirre Enríquez en la Real Academia de Ciencias, Madrid, 2000.

²¹ Entre los más leídos destacamos: ARSUAGA, J. L. y MARTÍNEZ, I., *La especie elegida. La larga marcha de la evolución humana*, Temas de Hoy, Madrid 1998. ARSUAGA, J. L., *El collar del Neandertal. En busca de los primeros pensadores*, Temas de Hoy, Madrid 1999; CORBELL, J., CARBONELL, E., MOYA, S., SALA, R., *Sapiens. El largo camino de los homínidos hacia la inteligencia*, Península, Barcelona 2000; CARBONELL, E. y SALA, R., *Planeta Humano*, Península, Barcelona 2000; ARSUAGA, J. L., *El enigma de la Especie. Las causas, el curso y el propósito de la evolución*, Plaza y Janés, Barcelona 2001; MARTÍNEZ, I. y ARSUAGA, J. L., *Amalur. Del átomo a la mente*, Temas de hoy, Madrid 2002; CARBONELL E., y SALA, R., *Aún no somos humanos. Propuestas de hominización para el tercer milenio*, Anagrama, Barcelona 2002.

²² Una síntesis de los puntos conflictivos entre las propuestas de Atapuerca y la fe cristiana puede encontrarse en BERZOSA, C., *Una lectura creyente de Atapuerca. La Fe cristiana ante las teorías de la evolución*,

de los autores deben hacer a la Teología clásica reelaborar algunas de sus posturas. Se abre así, lo que denominamos la Teología de la Ciencia.

2. La emergencia de la Teología de la Ciencia

Durante el siglo XX, las relaciones entre la Ciencia y la Religión, entre la imagen racional y científica de un mundo regido por leyes autónomas y en evolución, y la imagen religiosa y teológica de un mundo “creado” por Dios, no han sido fáciles. Pero en estos últimos años, sobre todo tras el Concilio Vaticano II (y la asimilación de la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*), sectores aún minoritarios del mundo científico y sectores aún minoritarios del pensamiento teológico han iniciado un acercamiento que comenzó con el diálogo, continuó con la búsqueda de lenguajes comunes (el diálogo interdisciplinar) y se dirige hacia un encuentro que pueda integrar posturas aparentemente separadas.

Hay un dato incuestionable: grandes “filósofos de la naturaleza” (los antiguos científicos, como Copérnico, Kepler, Francis Bacon, Galileo, Descartes, Pascal, Leibniz, Newton), fueron grandes creyentes. El profesor Antonio Fernández Rañada²³, concluye que los científicos ante la cuestión de Dios “toman posturas muy diversas y personales, más positivas en general de las que admiten las opiniones culturales en boga”. Incluso la Revista *Muy interesante* (abril de 2000) se pregunta en la portada: “Ciencia y religión, ¿nacidas para entenderse? ¿Es posible un diálogo entre la fe y la ciencia?” Por tanto, dentro del campo de las ciencias hoy no se generaliza la tendencia a considerar antagónicas la ciencia y la religión. En una encuesta publicada en *Nature* en 1997, se muestra que en EEUU, el 39,3 % de los científicos encuestados creen en Dios, no cree el 45,3% y el 14,5 % duda. Creen en la inmortalidad el 38 %, y no cree en ella el 46,9 %.

2.1 Posturas actuales ante las relaciones entre la Teología y las Ciencias profanas.

Puede decirse que hoy no existe una postura monolítica y cerrada dentro del mundo científico ante la posibilidad de un acuerdo entre ciencia y religión. En un intento de sistematización de las posturas, podemos adoptar las ideas de un físico, Ian G. Barbour²⁴, que ha dedicado gran parte de la última parte de su vida a la reflexión entre la ciencia y la teología. Éste sistematiza en cuatro las posturas históricas que han relacionado la fe cristiana y la ciencia:

1. **Conflicto:** la postura que ahonda en el conflicto (y por tanto, en la imposibilidad de un diálogo) se dio sobre todo en el siglo XIX bajo la influencia del libro de J. W. Draper, *Historia de los conflictos entre la Re-*

Desclée, Bilbao 2005, 225.

²³ FERNÁNDEZ RAÑADA, A., *Los científicos y Dios*, Ediciones Nobel, Oviedo 1994.

²⁴ BARBOUR, I. G., o. c., 2004. Un resumen de su pensamiento en: MONSERRAT, J., «Ciencia, filosofía del proceso y Dios: Ian G. Barbour»: *Pensamiento* 226 (2004) 33-66.

ligión y la Ciencia. Esta lucha abierta, se alimentó, por un lado, de una postura de grosero materialismo científico, y por otro lado, de un literalismo bíblico fundamentalista que hacía imposible cualquier tipo de encuentro. Esta postura sigue presente también hoy en algunos grupos científicos de factura más positivista y materialista. Pero también por parte de sectores religiosos existen posturas intransigentes que perciben en las ciencias una amenaza a la Teología.

2. **Independencia:** otra de las posturas entre fe cristiana y ciencia es la de la independencia, tal como ha defendido modernamente Stephen Jay Gould²⁵. Según ella, son dos magisterios diferentes, con metodologías diferentes y objetivos diferentes y por ello nunca se pueden encontrar. Muchos cristianos evangélicos y cristianos conservadores propugnan esta postura. Ciencia y religión no se encuentran y tan científica es la ciencia de la evolución como la ciencia de la creación.
3. **Diálogo:** la postura del diálogo supone unas relaciones constructivas entre ciencia y religión que deben superar los conflictos o la independencia. Se sitúa gradualmente hacia una mayor postura de integración, como veremos. El diálogo presupone la aceptación por ambas partes los límites del conocimiento científico y del conocimiento teológico, y explora las semejanzas entre los métodos de la ciencia y de la religión y analiza los conceptos puente que permiten unas relaciones *transdisciplinares*.
4. **Integración:** como culmen de este proceso de diálogo está la emergencia de formulaciones nuevas que constituyen lo que se denomina *interdisciplinariedad*, un intento de reelaboración conceptual y metodológico que permite aceptar la complementariedad de saberes dentro de un universo de límites difusos pero que acepta la legítima autonomía de cada disciplina. No se trata tanto de lanzar puentes cuanto de construcción tolerante y plural de interpretaciones del mundo siempre provisionales y éticamente elaboradas. En el pasado, fue la llamada *Teología Natural* la que estableció constructos teológicos asentados desde los datos de las ciencias empíricas. Más modernamente está el intento denominado *Teología de la Naturaleza*, según la cual los conceptos teológicos se reelaboran dentro de los macroparadigmas elaborados por las ciencias, de modo que sean comprensibles a los humanos de nuestra época.

²⁵ GOULD, S. J., *Ciencia versus religión, un falso conflicto*, Crítica, Barcelona 2000.

2.2 La Teología de la Ciencia

Dentro del mundo de habla hispana el concepto “Teología de la Ciencia” es un concepto emergente. Una búsqueda en Internet ha dado como resultado unas 17.000 páginas en que se cita este concepto. Son frecuentes los trabajos en el mundo anglosajón que abordan la posibilidad del diálogo y del encuentro entre las ciencias y la teología²⁶. En el mundo de habla hispana, el profesor Miguel A. García Rodríguez (Universidad de La Laguna)²⁷ ha dedicado varios trabajos a esta sistematización. Para muchos filósofos, científicos e incluso pertenecientes a religiones, no hay posibilidad de acuerdo, diálogo ni encuentro entre el conocimiento científico y la religión o la teología. Como mucho, se puede llegar a un pacto de no agresión. Algunos lo justifican diciendo que el método auténtico del conocimiento es el de la racionalidad científica, el método hipotético deductivo. Y que la religión pertenece al campo de las convicciones no demostrables.

Desde la perspectiva más eclesial, el acercamiento hacia las posturas de la ciencia es objeto de un proyecto que desarrollan juntos el Observatorio Vaticano y el *Center for Theology and Natural Sciences* (CTNS) de Berkeley. El punto de partida de lo que podemos llamar Teología de la Ciencia, como disciplina emergente, se sitúa en 1987. Ese año, con ocasión del Tercer centenario de la publicación de los *Principia Mathematica Philosophiae Naturalis* de Isaac Newton, la Santa Sede promovió una semana de estudios dedicada a la investigación de las múltiples relaciones entre la teología, la filosofía y las ciencias de la naturaleza. En el mismo se dieron cita científicos, filósofos y teólogos de todo el mundo, creyentes y no creyentes, pero animados por el espíritu de libertad de opinión y expresión.

Juan Pablo II, con esta ocasión, dirigió un mensaje al jesuita Padre George Coyne, Director del Observatorio Vaticano, en donde recuerda cómo Isaac Newton consagró gran parte de su existencia al estudio de los temas objeto de dicha semana: “Al estimular la apertura entre la Iglesia y las comunidades científicas –dice Juan Pablo II– no nos proponemos una unidad disciplinaria entre la teología y la ciencia como la que existe dentro de un determinado campo científico o dentro de la propia teología. Con el aumento del diálogo y de la búsqueda común, tendrá lugar un

²⁶ Citemos, entre otros, RICHARDSON, MARK Y WILDMAN W. J., edit. *Religion and Science. History, Method and Dialogue*, Routledge, New York 1996; POLKINGHORNE, J., *Scientists and Theologians*. SPCK, Londres 1996; POLKINGHORNE, J., *Faith, Science and Understanding*, Yale University Press, New Haven 2001; PEACOCKE, A., *Paths from Science towards God. The end of all our Exploring*, Oneworld, Oxford 2001; PROCTOR, J. D. (edit.), *Science, Religion and the Human Experience*, Oxford University Press, New York 2005; CLAYTON, P., *The problem of God in modern thought*, Eerdmans Publ., Cambridge 2000; CLAYTON, P., *God and contemporary Science*, Edinburgh Studies in Constructive Theology, Edinburgh 1997; MILLER K. B., *Perspectives on an Evolving Creation*, Eerdmans Publ., Cambridge 2003; CLAYTON, P. Y PEACOCKE, A., *In whom we live and move and have our being*, Eerdmans, Cambridge 2004; PETERS, T. (edit.), *Science and Theology*, Westview Press, Colorado 1998.

²⁷ Ver www.ideasapiens.com/filosofia.sxx/fciencia/teologia_%20cienciaI.htm, y también se puede ver www.ideasapiens.com/filosofia.sxx/fciencia/teologia_%20cienciaII.htm

crecimiento hacia la mutua comprensión y un descubrimiento de intereses comunes que constituirán la base para futuras investigaciones y debates. En este debate debemos superar - añade - toda tendencia regresiva que conduzca a un reduccionismo unilateral, al miedo y al aislamiento autoimpuesto”.

El Papa, después de recordarnos la necesidad que tienen las disciplinas de conocimiento, los pueblos y las religiones de una apertura mutua, manifiesta que “la unidad que buscamos, no es la identidad. La Iglesia no propone que la ciencia se convierta en religión, o la religión en ciencia. Por el contrario, la unidad siempre presupone la diversidad y la integridad de sus elementos”

“Para ser más precisos –continúa– la religión y la ciencia deben conservar sus diferentes características y su propia autonomía. Ni la religión está fundamentada en la ciencia, ni tampoco la ciencia es una extensión de la religión. Cada cual posee sus propios métodos de acción, sus diferencias de interpretación y sus propias conclusiones”.

“¿Qué es entonces –se pregunta el Papa– lo que la Iglesia estimula en esta relación de unidad entre la ciencia y la religión?” Ante todo –contesta– que lleguen a una comprensión mutua... La teología ha sido definida como un esfuerzo de la fe por lograr la comprensión, como *fides quaerens intellectum*. En cuanto tal, deben mantener en la actualidad un intercambio vital con la ciencia, así como lo ha tenido siempre con la filosofía y otras modalidades del saber. La teología – insiste – deberá siempre, de algún modo, solicitar los resultados de la ciencia (...). La teología no puede incorporar indiscriminadamente cualquier nueva teoría filosófica o científica. Sin embargo, desde el momento en que los descubrimientos científicos se hacen patrimonio de la cultura intelectual del tiempo, los teólogos deben comprenderlos y probar su validez al explicar algunas de las posibilidades de la fe cristiana que no hayan sido aún expresadas”

Y concluye: “La ciencia puede purificar a la religión de error y superstición; la religión puede purificar a la ciencia de idolatría y falsos absolutos. Cada una puede atraer a la otra hacia un mundo más amplio, en el que ambas partes puedan florecer”

Esta expresión ha sido recogida y citada por muchos de los seguidores católicos del Instituto METANEXUS, sintiéndose así apoyados en su intento de diálogo y encuentro entre las ciencias y la religión. Desde el presupuesto de la autonomía entre los diferentes niveles del conocimiento humano, cuestión en la que insistió reiteradamente Juan Pablo II en su rico magisterio sobre estas cuestiones²⁸, recogiendo

²⁸ LORDA, J. L., «El diálogo entre hombre y Ciencia en el magisterio de Juan Pablo II», en: ARANDA A., YANGUAS, J.M., FUENTES, A. Y BELDA J., (edts), *Hombre y Dios. VI Simposio de Teología*, Eunsa, Pamplona 1985, 131-134.

el espíritu y la letra del Vaticano II²⁹, ya que “ha faltado en general entre los teólogos dedicados a la enseñanza y a la investigación un diálogo con la ciencia contemporánea”, y los previene tanto de “la tentación de hacer un uso acrítico y precipitado” de ciertas teorías científicas contemporáneas, como de “desestimar en su totalidad la relevancia potencial de tales teorías”³⁰. Como consecuencia de ello, el Papa exhorta a los teólogos mantenerse atentos al desarrollo de las ciencias³¹: “Es obligación de los teólogos estar regularmente informados de los logros científicos para examinar, dado el caso, si procede o no tenerlos en cuenta en su reflexión o llevar a cabo revisiones en su enseñanza”.

2.3 ¿Es posible una Teología de la Ciencia?

No cabe duda de que en la actualidad hay grandes paradigmas científicos que plantean no pocos problemas a las formulaciones teológicas tradicionales. Pero, ¿cuáles son los grandes temas de conflicto hoy entre Ciencia y Religión? Son numerosas las instituciones que en la actualidad proponen plataformas de diálogo oral (paneles, conferencias, simposios, congresos...), escrito y, más aún, a través de las redes informáticas (*blogs*, páginas webs..).

La experiencia de colaboración entre el Observatorio Vaticano y el CTNS de Berkeley fue tan positiva que desde entonces han mantenido cordiales relaciones y como fruto del proyecto han visto la luz cinco volúmenes de 400 páginas cada uno en los que se contienen, con libertad de criterio, las aportaciones de unos y otros a diversos temas científicos con incidencia en la Teología: *Cosmología cuántica y leyes de la naturaleza* (1993), *Caos y complejidad* (1995), *Biología evolutiva y molecular* (1995), *Neurociencia y la persona* (1999), *Mecánica cuántica* (2001).

El profesor José Antonio Jáuregui en su libro *Dios Hoy*³², cree encontrar en un autor que no se profesa creyente el origen de esta Teología de la Ciencia: “Stephen Hawking es uno de los fundadores de la Teología de la Ciencia, asignatura pen-

²⁹ El Vaticano II reconoce (*Gaudium et Spes*, 30) que la ciencia es plenamente autónoma y que el conocimiento científico goza de la autonomía de la razón y que, por tanto, la teología no es ni siquiera criterio negativo para las afirmaciones científicas. Cfr: JUAN PABLO II, «A la Academia Pontificia de Ciencias (10-XI-1979) con ocasión del Centenario de Einstein»: *Documentos Palabra*, 423-424; «Discurso a la Sociedad Europea de Física (30-III-1979)»: *Observatore Romano* (español), 26-VIII-1979. Son muy numerosas las citas de Juan Pablo II sobre las relaciones entre las Ciencias y la fe y se ven en la nota 2 del trabajo citado www.ideasapiens.com/filosofia.sxx/fciencia/teologia_%20ciencia1.htm. De ellas resaltamos: Discurso del Papa (12-VII-1978), «El hombre frente a las maravillas del cosmos», *Observatore Romano* (español), 13-VIII-1978; Discurso del Papa a la Academia Pontificia de Ciencias (12-XI-1979), «La Iglesia y la Ciencia»: *Observatore Romano* (español), 2-XII-1979; «Discurso a los representantes de la Universidad, Reales Academias de investigadores, en Madrid» (2-XI-1982), “Diálogo Fe-cultura-ciencia”. *Documentación Palabra*, 331 ss.

³⁰ Audiencia de Juan Pablo II a los participantes en la Sesión Plenaria de la Pontificia Academia de Ciencias (31-X-1992), «Rehabilitar a Galileo»: *Ecclesia* 1775, (21-XI-1992), 19.

³¹ *Ibidem*.

³² JÁUREGUI, J. A., *Dios Hoy*, Ediciones Nobel, Oviedo 1992, 67 (según García Rodríguez, *web* citada).

diente que nos concierne a todos y que debe formar parte del nuevo currículo tanto en facultades científicas como en facultades filosóficas, antropológicas, teológicas y humanísticas. Comienza una nueva era de diálogo y debate entre dos países académicos tradicionalmente enfrentados o, a lo peor, incomunicados, separados por un muro erigido por la ignorancia y la soberbia: el de la ciencia y el de la teología. Ha nacido la Teología de la Ciencia”.

¿En qué sentido podemos situar a Hawking en esta postura? En su famosa *Breve Historia del Tiempo*³³, escribe: “Hasta ahora, la mayoría de los científicos han estado demasiado ocupados con el desarrollo de nuevas teorías que describen cómo es el universo para hacerse la pregunta de por qué. Por otra parte, la gente cuya ocupación es preguntarse por qué, los filósofos, no han podido avanzar al paso de las teorías científicas. En el siglo XVIII, los filósofos consideraban todo el conocimiento humano, incluida la ciencia, como su campo, y discutían cuestiones como: ¿tuvo el universo principio? Sin embargo en los siglos XIX y XX, la ciencia se hizo demasiado técnica y matemática para ellos y para cualquiera, excepto para unos pocos especialistas. Los filósofos redujeron tanto el ámbito de sus indagaciones que Wittgenstein, el filósofo más famoso de su siglo, dijo: “La única tarea que le queda a la filosofía es el análisis del lenguaje”. Y concluye: “No obstante, si descubrimos una teoría completa, con el tiempo habrá de ser, en sus líneas maestras, comprensible para todos y no únicamente para unos pocos científicos. Entonces todos, filósofos, científicos y la gente corriente seremos capaces de tomar parte en la discusión de por qué existe el universo y por qué existimos nosotros. Si encontrásemos una respuesta a esto, sería el triunfo definitivo de la razón humana porque entonces conoceríamos la mente de Dios”.

Estas frases de Hawking, que a muchos parecerán sorprendentes, revelan el estado de opinión que muchos científicos actuales muestran hacia el poder y la fragilidad de sus propios conocimientos. Se está produciendo en muchos científicos un corrimiento hacia posturas que van más allá de las “ciencias puras y duras”. Estas posturas de los científicos llevan a hacerse preguntas sobre el “sentido” de las cosas: el principio y fin del universo, el sentido del ser humano y de la evolución, la capacidad de la ciencia para responder por sí sola a los grandes interrogantes del saber sobre el mundo. En este sentido, parafraseando el famoso libro de Ilya Prigogine y J. Stengers (*La Nueva Alianza*) se comienza a hablar de una ruptura del cisma entre ciencia y filosofía que lleva a una nueva alianza de las ciencias y la filosofía³⁴. Más modernamente, la antigua pregunta sobre la escisión entre las ciencias y las humanidades, está dando lugar a un amplio debate sobre las llamada “Tercera cultura”³⁵,

³³ HAWKING, S., *Historia del Tiempo. Del big-bang a los agujeros negros*, Crítica, Barcelona 1988, 223-224.

³⁴ BLANCH, A. (edit), *La Nueva Alianza de las Ciencias y la Filosofía*, Asociación Interdisciplinar José de Acosta, Universidad Comillas, Madrid 2001.

³⁵ BROCKMANN, J. (edit) *La tercera Cultura. Más allá de la revolución científica*, Tusquets, Barcelona 2000². Ver un excelente comentario en ÁLVAREZ MUÑOZ, E., «La Guerra de las Ciencias y la Tercera Cultura»: *Cinta de Moebio* 19 (2004), Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Chile <http://www.moebio.uchile>.

un intento de integración de saberes emergentes que partiendo de las ciencias de la naturaleza se pregunta por el sentido. Sin embargo, estos debates suelen estar ausentes de las aulas de las Facultades de Teología.

Es cierto que en los planes de Estudio de las Facultades de Teología se cuenta con lo que se llamaba una Teología Natural o Teodicea y ahora Fenomenología e Historia de las Religiones, una Teología Fundamental y una Filosofía de la Naturaleza. En ellas se realiza una aproximación desde la Teología hacia los campos científicos y humanísticos. Pero todavía este intento queda corto por cuanto no se produce suficientemente la reelaboración de las bases filosóficas o teológicas del conocimiento y la práctica de las religiones.

Tal vez sea el profesor Lluís Oviedo³⁶ quien ha formulado más acertadamente, a nuestro entender, el estatuto epistemológico de esta disciplina emergente. De entrada, reconoce que “La teología vive una de sus experiencias más interesantes de los últimos años al aceptar a las ciencias como interlocutoras en la común búsqueda de la verdad que salva y al comprenderlas como nuevos loci theologici” (lugares teológicos). Este intento intelectual da lugar a “una nueva subdisciplina (que pudiera entenderse como aquella que tiene por objetivo profundizar en el diálogo entre la teología y la ciencia), dotada de métodos y contenidos propios, que está llamada a un desarrollo alentador”³⁷.

Esta subdisciplina podría ser lo que aquí hemos llamado Teología de la Ciencia, un campo de reflexión emergente que recoge elementos de la Fenomenología de la Religión, de la Teología Fundamental y de la Filosofía de la Naturaleza elevándolos a un nivel de formalización nuevo. Este campo conceptual debería tener su propio estatuto epistemológico y una entidad suficiente que da paso a un nuevo espacio autónomo del conocimiento que hace posible la racionalidad científica dentro de la visión teológica. “¿No sería deseable una disciplina como ésta, no entendida como identidad entre la ciencia y la fe, según nos advertía Juan Pablo II, sino en un diálogo institucionalizado curricularmente, para ahondar en el tan necesario y, en parte, exigible diálogo entre la ciencia y la fe, sus métodos, cuestiones comunes, etc?”³⁸.

Conclusión: ¿Es posible, deseable y necesario reflexionar desde una ciencia que “hace” teología y desde una teología que mira a la ciencia?

El profesor Agustín Udías, jesuita y catedrático de Geofísica en la Universidad Complutense de Madrid, firme impulsor del diálogo entre ciencia y teología

cl/19/frames01.htm.

³⁶ OVIEDO, L., «La fe en diálogo: con la razón, la cultura y las ciencias», en PIE-SALVADOR, S. *TEOLOGÍA Fundamental: temas y propuestas para el nuevo milenio*, Desclee, Bilbao 1999, 443-498.

³⁷ OVIEDO, L., o. c., 481.

³⁸ Ver GARCÍA RODRÍGUEZ, M., página web citada.

en España, escribió en un modesto cuaderno destinado al gran público³⁹: “Curiosamente, muchos, por no decir la mayoría, de estos escritos [en los que se pretende un diálogo entre ciencia y teología] están escritos por científicos que muestran su interés y preocupación por la cuestión religiosa, y muy pocos por teólogos que se aventuran en campos científicos. Personalmente, he podido comprobar la existencia de este interés por temas religiosos entre científicos, y no tanto el interés correlativo entre teólogos por los problemas científicos”.

Por lo general, los profesionales de la teología se aproximan con inseguridad a los problemas teológicos que les suelen plantear los científicos. Y esto tiene hoy una explicación: la formación filosófica que la mayor parte de ellos recibieron tuvo poco en consideración las grandes preguntas que hoy se hacen las ciencias y que traspasan lo que se ha llamado “cientifismo resistente”. Se puede hablar, pues, de una demanda de los científicos a los teólogos que buscan respuestas al “sentido” de su actividad, a los límites y fronteras de su quehacer.

Desde la Facultad de Teología de Granada, y desde el grupo local del Instituto METANEXUS para el encuentro entre la Ciencia y la Religión, se piensa que hoy es conveniente, posible y necesario ir más allá del enfrentamiento o del distanciamiento. Es necesario no solo un diálogo sino también un encuentro entre Ciencia y Religión. La Teología debe ser sensible a los retos que nuevas visiones del universo, la vida y el ser humano⁴⁰, procedentes sobre todo, de las nuevas Cosmologías (Física de partículas, origen y estructura del universo, etc), las disciplinas que se mueven en torno a las ciencias de la vida (biología, genética, bioquímica, embriología, y la bioética médica, por ejemplo) y las antropologías emergentes (las que plantean problemas desde los nuevos hallazgos de fósiles humanos). En un mundo atravesado por un científicismo difuso y por la convicción de que la Ciencia ocupa una gran parte de las exigencias de la humanidad, la Teología debe encontrar su lugar epistemológico. No como la instancia suprema a la que se acude para dilucidar la verdad universal, sino para hacer oír su voz reclamando su autonomía como conocimiento organizado socialmente aceptado, como un cuerpo de doctrina que debe recuperar lo más genuino de una ciencia.

³⁹ UDÍAS, A., *El Universo, la Ciencia y Dios*, PPC, Madrid 2001, 5.

⁴⁰ La Teología no puede permanecer ausente del debate que plantean, por ejemplo, estos trabajos de amplia difusión: PÉREZ MERCADER, J., *¿Qué sabemos del Universo? Del big-bang al origen de la vida*, Temas de Debate, Madrid 2000⁴, 207; HAWKING, S., *El Universo en una cáscara de nuez*, Crítica, Planeta, Barcelona 2002; GOULD, S. J., *La estructura de la Teoría de la Evolución*, Tusquets, Barcelona 2004; además de las citadas más arriba del equipo de Atapuerca.